

## Capítulo 2: Cómo debe ser el abad

**10 en., 11 may., 10 sept.**

<sup>1</sup>Un abad digno de presidir un monasterio debe acordarse siempre de cómo se lo llama, y llenar con obras el nombre de superior. <sup>2</sup>Se cree, en efecto, que hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre, <sup>3</sup>según lo que dice el Apóstol: *Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre* (Rm 8,15; cf. Ga 4,6; Mc 14,36).

<sup>4</sup>Por lo tanto, el abad no debe enseñar, establecer o mandar nada que se aparte del precepto del Señor, <sup>5</sup>sino que su mandato y su doctrina deben difundir el fermento de la justicia divina en las almas de los discípulos (cf. Mt 13,33; 5,20; 6,1.). <sup>6</sup>Recuerde siempre el abad que se le pedirá cuenta en el tremendo juicio de Dios de estas dos cosas: de su doctrina y de la obediencia de sus discípulos. <sup>7</sup>Y sepa el abad que el pastor será el culpable del detrimento que el Padre de familias encuentre en sus ovejas (cf. Jn 21,15-16; Za 11,17). <sup>8</sup>Pero si usa toda su diligencia de pastor con el rebaño inquieto y desobediente, y emplea todos sus cuidados para corregir su mal comportamiento, <sup>9</sup>este pastor será absuelto en el juicio del Señor, y podrá decir con el Profeta: *No escondí tu justicia en mi corazón; manifesté tu verdad y tu salvación, pero ellos, desdeñándome, me despreciaron* (Sal 39 [40],11; cf. Is 1,2; Ez 20,27). <sup>10</sup>Y entonces, por fin, la muerte misma sea el castigo de las ovejas desobedientes encomendadas a su cuidado (cf. Is 25,8 [Vet. Lat.]).

**11 en., 12 may., 11 sept.**

<sup>11</sup>Por tanto, cuando alguien recibe el nombre de abad, debe gobernar a sus discípulos con doble doctrina, <sup>12</sup>esto es, debe enseñar todo lo bueno y lo santo más con obras que con palabras. A los discípulos capaces proponga con palabras los mandatos del Señor, pero a los duros de corazón y a los más simples muestre con sus obras los preceptos divinos. <sup>13</sup>Y cuanto enseñe a sus discípulos que es malo, declare con su modo de obrar que no se debe hacer, *no sea que predicando a los demás sea él hallado réprobo* (1 Co 9,27), <sup>14</sup>y que si peca, Dios le diga: *¿Por qué predicas tú mis preceptos y tomas en tu boca mi alianza? Pues tú odiaste la disciplina y echaste mis palabras a tus espaldas* (Sal 49 [50],16-17) y <sup>15</sup>tú, *que veías una paja en el ojo de tu hermano ¿no viste una viga en el tuyo?* (Mt 7,3).

**12 en., 13 may., 12 sept.**

<sup>16</sup>No haga distinción de personas en el monasterio. <sup>17</sup>No ame a uno más que a otro, sino al que hallare mejor por sus buenas obras o por la obediencia. <sup>18</sup>No anteponga el hombre libre al que viene a la religión de la condición servil, a no ser que exista otra causa razonable. <sup>19</sup>Si el abad cree justamente que ésta existe, hágalo así, cualquiera fuere su rango. De lo contrario, que cada uno ocupe su lugar, <sup>20</sup>porque tanto el siervo como el libre, todos somos uno en Cristo, y servimos bajo un único Señor en una misma milicia, *porque no hay acepción de personas ante Dios (Rm 2,11; cf. Ga 3,28; Ef 6,9; Col 3,25)*. <sup>21</sup>Él nos prefiere solamente si nos ve mejores que otros en las buenas obras y en la humildad. <sup>22</sup>Sea, pues, igual su caridad para con todos, y tenga con todos una única actitud según los méritos de cada uno.

**13 en., 14 may., 13 sept.**

<sup>23</sup>El abad debe, pues, guardar siempre en su enseñanza, aquella norma del Apóstol que dice: *Reprende, exhorta, amonesta (2 Tm 4,2)*, <sup>24</sup>es decir, que debe actuar según las circunstancias, ya sea con severidad o con dulzura, mostrando rigor de maestro o afecto de padre piadoso (cf. *Pr 3,12; Si 18,3*). <sup>25</sup>Debe, pues, reprender más duramente a los indisciplinados e inquietos, pero a los obedientes, mansos y pacientes, debe exhortarlos para que progresen; y le advertimos que amoneste y castigue a los negligentes y a los arrogantes.

<sup>26</sup>No disimule los pecados de los transgresores, sino que, cuando empiecen a brotar, córtelos de raíz en cuanto pueda, acordándose de la desgracia de Elí, sacerdote de Silo (cf. *1 S 2,27-34; 3,11-14*). <sup>27</sup>A los mejores y más capaces corríjalos de palabra una o dos veces; pero a los malos, a los duros, <sup>28</sup>a los soberbios y a los desobedientes reprímalos en el comienzo del pecado con azotes u otro castigo corporal, sabiendo que está escrito: *Al necio no se lo corrige con palabras (Pr 29,19 [Vet. Lat.]; cf. 18,2)*, <sup>29</sup>y también: *Pega a tu hijo con la vara, y librarás su alma de la muerte (Pr 23,14; cf. 23,13; 13,24; Hb 12,6-8)*.

**14 en., 15 may., 14 sept.**

<sup>30</sup>El abad debe acordarse siempre de lo que es, debe recordar el nombre que lleva, y saber que a quien más se le confía, más se le exige (cf. *Lc 12,48*). <sup>31</sup>Y sepa qué difícil y ardua es la tarea que toma: regir almas y servir los temperamentos de muchos, pues con unos debe emplear halagos, reprensiones con otros, y con otros, consejos. <sup>32</sup>Deberá conformarse y adaptarse a todos según su condición e inteligencia, de modo

que no sólo no padezca detrimento la grey que le ha sido confiada, sino que él pueda alegrarse con el crecimiento del buen rebaño.

**15 en., 16 may., 15 sept.**

<sup>33</sup>Ante todo no se preocupe de las cosas pasajeras, terrenas y caducas, de tal modo que descuide o no dé importancia a la salud de las almas encomendadas a él. <sup>34</sup>Piense siempre que recibió el gobierno de almas de las que ha de dar cuenta. <sup>35</sup>Y para que no se excuse en la escasez de recursos, acuérdesese de que está escrito: *Busquen el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se les darán por añadidura (Mt 6,33)*, <sup>36</sup>y también: *Nada falta a los que le temen (Sal 33 [34],10; cf. 22 [23],1)*.

<sup>37</sup>Sepa que quien recibe almas para gobernar, debe prepararse para dar cuenta de ellas. <sup>38</sup>Tenga por seguro que, en el día del juicio, ha de dar cuenta al Señor de tantas almas como hermanos haya tenido confiados a su cuidado, además, por cierto, de su propia alma (cf. *Hb 13,17*). <sup>39</sup>Y así, temiendo siempre la cuenta que va a rendir como pastor de las ovejas a él confiadas, al cuidar de las cuentas ajenas, se vuelve cuidadoso de la suya propia, <sup>40</sup>y al corregir a los otros con sus exhortaciones, él mismo se corrige de sus vicios (cf. *Lv 19,17*).

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

***Abbas qui praesesse dignus est monasterio, semper meminere debet quod dicitur, et nomem maioris factis implere (RB 1,1)***

*Regla de los Cuatro Padres (hacia 400-410?)*

«[V] Macario dijo <sup>1</sup>que más arriba se ha puesto por escrito lo que manifiesta en los hermanos la virtud de la convivencia y de la obediencia. <sup>2</sup>Ahora, con la ayuda de Dios, mostramos cómo han de cumplir su oficio espiritual aquéllos que presiden.

<sup>3</sup>El que preside debe mostrarse tal como indica el apóstol: “Sean un modelo para los creyentes” (1 Ts 1,7), <sup>4</sup>es decir, por sus cualidades de piedad y verdad sobrenatural, elevar el alma de los hermanos de las realidades terrenas a las celestiales (2 M 15,10; cf. 1 Co 15,47-49); <sup>5</sup>como dice el Apóstol: “Arguye, reprende, exhorta, con paciencia incansable” (2 Tm 4,2); <sup>6</sup>y en otro lugar: “¿Qué prefieren? ¿Que vaya a verlos con la vara en la mano o con espíritu de mansedumbre?” (1 Co 4,21).

<sup>7</sup>El que preside tiene que discernir cómo debe demostrar a cada uno su afecto paternal. <sup>8</sup>Debe tener equidad, <sup>9</sup>sin olvidar lo que dice el Señor: “La medida con que midan se usará con ustedes” (Mt 7,2).

[VI] <sup>10</sup>Cuando asisten a la oración, ninguno presuma entonar la alabanza de un salmo sin orden del que preside. <sup>11</sup>Se guardará la siguiente norma: que ninguno se atreva a colocarse delante de otro más anciano, o anticiparse a él en el orden de la salmodia, <sup>12</sup>según dice Salomón: “Hijo, no ambiciones el primer puesto (Si 7,4), <sup>13</sup>ni ocupes el primer lugar en un banquete, no sea que venga alguien más importante que tú y se te diga: “Levántate” para tu confusión (Lc 14,8-9; cf. Pr 25,6-7); <sup>14</sup>y dice también: “No te enorgullezcas, más bien, teme” (Rm 11,20). <sup>15</sup>Si tarda el que preside, primeramente se le debe informar y en segundo lugar conviene obedecer sus órdenes».

***Christi enim ageere vices in monasterio creditur (RB 2,2)***

*Ireneo de Lyon (+ después de 198), Adversus haereses (Contra las herejías, IV,17,6; IV,31,2)*

«¿Y qué otro nombre es glorificado en todas las naciones, sino el de nuestro Señor, por el cual reciben gloria tanto el Padre como el ser humano? Y lo llama “su nombre” porque es el de su propio Hijo, al cual él mismo ha hecho hombre (Mt 1,21). Es como si un rey pintase la imagen de su hijo, justamente la llamaría su propia imagen a doble título: porque es la de su hijo, y porque él mismo la hizo. Algo semejante sucede con el nombre de Jesucristo al que la Iglesia rinde gloria en todo el mundo: el Padre confiesa que es suyo, primero porque es de su Hijo, y segundo porque Él mismo lo ha escrito y dado para su salvación al ser humano (Hch 4,12). Así pues, porque el nombre del Hijo es también del Padre, y porque la Iglesia ofrece su oblación en todas partes a Dios omnipotente por Jesucristo, bien dice (el profeta) por ambos motivos: “Y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre y un sacrificio puro” (Ml 1,11). Juan dice en el Apocalipsis que el incienso es la oración de los santos (Ap 5,8)».

«El Padre del género humano es el Verbo de Dios, cómo se le reveló a Moisés: “¿No es éste tu Padre, el que te adquirió, te hizo y te creó?” (Dt 32,6)».

*San Basilio de Cesarea, Regla (versión latina de Rufino)*

### Cuestión 15

«Pregunta: ¿Qué sentimientos debe tener de sí mismo el que preside, en las cosas que escribe u ordena?»

Respuesta: 1 Ante Dios, debe considerarse como ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios, temiendo decir u ordenar algo fuera de la voluntad de Dios o contra lo que está prescrito claramente en la Sagradas Escrituras (1 Co 4,1), 2 siendo declarado falso testigo de Dios, o sacrilego, si introduce algo ajeno a la doctrina del Señor o deja de lado o pasa por alto alguna de las cosas que agradan a Dios (1 Co 15,15). 3 Ante los hermanos debe ser como una nodriza que cuida a sus pequeños, dispuesto, según la voluntad del Señor y según conviene a cada uno, a darles no sólo el Evangelio de Dios sino también su propia vida (1 Ts 2,8), 4 acordándose del precepto de Dios nuestro Señor que dice: “Les doy un mandamiento nuevo, que se amen mutuamente como yo los he amado. 5 Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13)».

### Cuestión 4

“Pregunta: ¿Para iniciar aquél género de vida y de conducta que es según Dios, es necesario antes renunciar a todas las cosas?»

Respuesta: 1 Al decir nuestro Señor y Salvador Jesucristo: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16,24), 2 y de nuevo: *El que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* (Mt 14,33), 3 (establece) que el que viene con la intención de seguir al Señor, también debe negarse a sí mismo y tomar su cruz; es cierto que ya antes renunció al diablo y a sus obras. 4 Pero esto suelen hacerlo no los que han progresado en la vida o los que ya tienden a la perfección, sino los que están en los primeros pasos de la vida cristiana. 5 La renuncia del hombre a sí mismo, como dijimos más arriba, (consiste) en lo siguiente, a saber: renunciar tanto a sus hábitos anteriores y a su vida (pasada), 6 cuanto a sus costumbres y a los placeres de este mundo, y también a los parentescos según la carne, sobre todo a aquellos que podrían impedir su propósito, 7 considerando más bien como padres suyos a los que lo engendraron en Cristo Jesús mediante el Evangelio, y como hermanos a los que han recibido el mismo Espíritu de adopción, estando convencido de que todas las posesiones no son suyas (cf. 1 Co 4,15; Rm 8,15). 8 Para decirlo brevemente, aquel para quien a causa de Cristo el mundo entero está crucificado y él mismo está crucificado para el mundo, ¿cómo puede hacerse esclavo de los pensamientos y de las sollicitaciones del mundo, cuando el Señor le manda que a causa de él renuncie hasta a la vida misma? (cf. Ga 6,14).

### **Cum aliquiis suscipit nomen abbatis (RB 2,11)**

*Orsio, abad, Testamento*

«7. ... Ustedes, a quienes están confiados los hombres en sus grupos respectivos, esperen la venida del Salvador y preparen ante su presencia al ejército con sus armas. No den (a sus hombres) el reposo corporal, omitiendo darles los alimentos espirituales; ni les enseñen tampoco las cosas espirituales, sin darles igualmente las corporales: los alimentos y el vestido. Den parejamente lo espiritual y lo material, y no les den ocasión de ser negligentes. ¿Qué clase de justicia es ésta, que probamos a los hermanos con el trabajo y nosotros nos entregamos al ocio? ¿O que les hacemos llevar un yugo que nosotros no podemos soportar? Leemos en el Evangelio: “Como midan, serán medidos” (Mt 7,2; Mc 4,24; Lc 6,38). Así pues, tengamos el mismo trabajo y descanso que ellos, y no consideremos a los discípulos como servidores. No nos alegremos con su tristeza, para que

la palabra evangélica no tenga que reprendernos como a los fariseos: “Pobres de ustedes, maestros de la ley, que hacen pesos insoportables y los dan a llevar a los hombres, y ustedes ni siquiera se animan a tocarlos con un dedo” (cf. *Mt 23,4; Lc 11,46*).

8. Hay algunos que se esfuerzan por vivir de acuerdo a la ley de Dios, pero se dicen: “¿Qué tengo que ver con los demás? Me esfuerzo para servir a Dios y cumplir su ley, y no tengo por qué inmiscuirme en lo que los demás hacen”. A estos tales los increpa Ezequiel, diciendo: “¡Pastores de Israel! ¿Acaso los pastores se apacientan a sí mismos? ¿No deben más bien cuidar las ovejas? Beben la leche y se cubren con la lana; sacrificaron las ovejas que estaban bien y no confortaron a las débiles, no vendaron las quebradas ni hicieron volver a las que se habían alejado, ni buscaron a las que se habían perdido. A las fuertes, las agotaron con sufrimientos. Dispersaron mis ovejas, que estaban sin pastor” (*Ez 34,2-5*). Por eso el Señor llamará a juicio a los ancianos y jefes (*Is 3,14*), y se cumplirá en nosotros lo que está escrito: “Sus dirigentes los devastan y los hacen errar” (*Is 3,12*). Y la tierra estéril escuchará: “Feliz la tierra cuyo rey es hijo de noble, cuyos príncipes comen para ganar fuerzas: no serán confundidos” (*Qo 10,17*).

9. Por lo tanto, oh hombre, no dejes de aconsejar y de enseñar lo que es santo hasta a la más pequeña de las almas a tí confiadas. Muéstrate tú mismo como ejemplo de las buenas obras, y sobre todo cuida de no amar a uno y odiar a otro; muestra a todos el mismo aprecio, no sea que ames al que Dios odia y odies al que Dios ama. No consientas con el que yerra, por la amistad que le tienes, y no oprimas a uno y exaltes a otro, para que tu esfuerzo no sea vano. Si los prepósitos de las casas se sientan en los lugares más humildes, en los cuales nuestro Padre mandó que no se sentaran, cuiden, no sea que uno de los hermanos falte contra un prepósito, y éste, airado, lo condene y le diga: “¿Qué me importa a mí un hombre que desprecia? Puede hacer lo que quiera, no es cosa mía; no lo aconsejo, no corrijo al que peca; que se salve o que perezca, no es cosa mía”. Hombre que así hablas comprende que te dejaste llevar por la indignación, y que el odio ha ocupado tu corazón, de modo que el hermano perece al fin por tu culpa más que por su propio pecado. Debes perdonarlo y recibirlo a la penitencia, para poder decir aquella palabra evangélica: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (*Mt 6,12*). Si quieres que Dios perdone tus pecados, perdona también tú a tu hermano, cualquiera que haya sido la ofensa que te hizo, recordando el precepto: “No odies a tu hermano en tu corazón” (*Lv 19,17*), y la advertencia de Salomón: “Levanta a tu hombre, por el cual te comprometiste” (*Pr 6,3*), y otra vez: “No dejes de enseñar al niño; si lo castigas con la vara no morirá” (*Pr 23,13*). Escucha también a Moisés, quien dice: “Corrige a tu prójimo para no llevar su pecado” (*Lv 19,17*), y para que no suceda lo que advierte Salomón: “El que no dice a su hijo que se cuide de la perdición, perecerá pronto” (cf. *Pr 24,23?*).

10. Todos los que tienen hermanos a su cargo, prepárense para la Venida del Salvador, y para presentarse ante su terrible tribunal. Si dar razón de los propios actos es ya algo difícil, cuanto peor es sufrir el castigo por el pecado de otro, y caer en las manos del Dios viviente (*Hb 10,31*). Entonces no podremos aducir ignorancia, pues está escrito: “Dios traerá a su juicio todas las acciones y todas las omisiones, lo bueno y lo malo” (*Si 12,14*). En el Apóstol leemos: “Todos hemos de presentarnos en el tribunal de Cristo, para recibir según lo que obramos, bueno o malo” (*2 Co 5,10*). Isaías dice que hay señalado un día, en el cual Dios juzgará a toda la tierra con justicia: “Viene el día del Señor implacable, día de furor y de ira, para convertir la tierra en desierto y hacer desaparecer de ella a los pecadores” (*Is 13,9*).

Sabemos por lo que se halla escrito en la ley y predijeron los profetas (cf. *Rm 15,4*), y nos enseñó nuestro Padre, que seremos llamados para dar razón de todo, por lo que no hicimos o hicimos con negligencia. Dice pues aquél que recibió todo juicio del Padre (cf. *Jn 5,22*) -y la Verdad es veraz (cf. *Jn 16,13*)-: “No crean que soy yo el que los acusa ante el

Padre; el que los acusa es Moisés, en quien ustedes esperan. Si hubieran creído a Moisés, me creerían, pues él escribió sobre mí” (cf. *Jn* 5,45-46).

11. Por todos esos testimonios se nos dice que un día nos encontraremos ante el tribunal de Cristo, y que seremos juzgados, no solo por los actos, sino también por los pensamientos; y que después de dar razón de nuestra vida, hemos de dar razón también de los que nos fueron confiados. No crean que esto se aplica a los prepósitos, tan solo, sino que vale para los superiores y para todos los hermanos que son tenidos en algo entre los demás, porque todos deben llevar su peso, para cumplir la ley de Cristo (cf. *Ga* 6,2). Escuchen lo que el Apóstol escribe a Timoteo: “Timoteo, guarda el depósito de la fe, evitando las novedades profanas y la profesión de una ciencia falsa” (*1 Tm* 6,20). Nosotros recibimos de Dios un depósito, la vida de los hermanos; esforzándonos por ellos esperemos alcanzar los premios futuros, para que no se nos diga: “Deja a este pueblo, que se marche” (*Ex* 5,1; 7,16; 8, 1,20; 9,1; etc.), y a los que abandonaron las enseñanzas de nuestro Padre: “Los que tienen mi ley no me conocieron, los pastores obraron impiamente conmigo” (*Jr* 2,8). Por lo que a otros reprocha, diciendo: “Puse mi heredad en tu mano, tú no tuviste piedad para con ella e hiciste más pesado el yugo de los ancianos” (*Is* 47,6). No sólo debemos escuchar todas estas cosas, sino también comprender su significado, pues el que ignora será ignorado (*1 Co* 14,38); y en otro lugar está escrito: “Porque rechazaste la sabiduría, yo te rechazaré a tí, para que no seas mi sacerdote” (*Os* 4,6).

13. También ustedes, superiores de los monasterios, sean solícitos y pongan toda su preocupación en los hermanos, con justicia y temor de Dios. No abusen del poder con soberbia; den el ejemplo a todos y al rebaño que les está sometido, como nuestro Señor se hizo ejemplo en todas las cosas, Él, que hizo a las familias como ovejas (*Sal* 106 [107],41). Apiádense del rebaño que se les confió, y recuerden el dicho del Apóstol: “No retrocedí, para no dejar de anunciarles la voluntad de Dios” (*Hch* 20,20); y también: “No dejé de exhortar a cada uno y de enseñar públicamente” (cf. *Hch* 20,31; *Hch* 20,20). Miren cuánta compasión y misericordia había en el hombre de Dios, que no solo se preocupaba por las iglesias, sino que estaba enfermo con los enfermos y compartía los sufrimientos de todos (cf. *2 Co* 11,28-29). Evitemos que alguno sufra escándalo por nuestra negligencia, y caiga. No olvidemos las palabras del Señor Salvador, que dice en el Evangelio: “Padre, no perdí a ninguno de los que me diste” (*Jn* 18,9). No despreciemos a nadie, no sea que alguno perezca por nuestra dureza. Si alguno muere por nuestra culpa, nuestra alma lleva el crimen de la que murió. Esto nos lo inculcaba sin descanso nuestro Padre, y amonestaba a que no realicemos nosotros aquella palabra: “Cada cual oprime a su prójimo” (cf. *Si* 16,28), y también: “Si entre ustedes se muerden y devoran, cuiden de no aniquilarse unos a otros” (*Ga* 5,15). Por lo que se ve claramente que el que cuida del alma ajena, es guardián de la suya propia.

14. También ustedes, segundos de los monasterios, mostraos los primeros en las virtudes. Que ninguno perezca por culpa de ustedes. No caigan en el oprobio del que comió y bebió con los ebrios, y no dio el alimento a sus consiervos en el momento oportuno; vendrá el Señor en el día en que no se lo espera, en la hora que ignora, lo separará y lo pondrá aparte, con los hipócritas, donde habrá llantos y gemidos (*Mt* 24,49-51). Que no caiga sobre nosotros semejante castigo, sino que, cuando llegue el momento del reposo, merezcamos oír: “Servidor bueno y fiel, porque fuiste honesto en lo poco, te pondré a cargo de mucho; entra en la alegría de tu Señor” (*Mt* 25,21. 23).

15. Ustedes también, prepósitos de cada una de las casas, estén preparados para responder a todos los que les piden razón de su fe (*1 P* 3,15). Amonesten a los indisciplinados, consuelen a los tímidos, sostengan a los débiles, sean pacientes con todos (*1 Ts* 5,14). Escuchen al Apóstol que dice: “Padres, no provoquen sus hijos a la ira, sino edúquenlos en la disciplina y la enseñanza que vienen del Señor” (*Ef* 6,4). Sepan que a quienes se ha dado más, más se les pide; y a quien se le ha confiado más, se le exige más (*Lc* 12,48). No piensen tanto en lo que les conviene a ustedes, sino en lo que conviene a los

demás (cf. *1 Co 10,33*). Para que no se realice en ustedes la Escritura que dice: “Porque buscan cada cual lo útil para su casa, el cielo contendrá su rocío y la tierra no dará fruto” (*Ag 1,9-10*), porque dirigieron contra mí sus palabras. En otra parte dice: “Porque no lo hicieron para uno de estos pequeños, y tampoco lo hicieron para mí” (*Mt 25,45*).

16. Lo digo de nuevo, y no dejaré de repetirlo: cuidense de amar a unos y odiar a otros. No apoyen a éste y olviden a aquél, para que su trabajo no sea hallado inútil, y todo su esfuerzo perezca. Cuidense, no suceda que, al salir de este cuerpo, liberados del torbellino del mundo presente, cuando se creían llegados al puerto de la tranquilidad, les acontezca el naufragio de la injusticia, y sean medidos con la medida que habían medido (*Mt 7,2; Mc 4,24; Lc 6,38*), por aquél que no hace acepción de personas al dar su juicio (cf. *1 P 1,17; Dt 10,17*). Si en las casas se hubiera cometido una falta mortal o un hecho torpe por negligencia de los prepósitos, el prepósito será considerado reo de ese crimen, además de los propios. Todo esto nos lo solía enseñar nuestro Padre, de santa memoria.

17. Por eso, guarde cada uno el rebaño que le ha sido confiado con toda cautela y solicitud. Imiten a los pastores de que habla el Evangelio, a los cuales no encontró dormidos sino despiertos el ángel de Dios que les anunció la venida del Salvador (cf. *Lc 2,8*). Éste, por su parte, dice: “El buen pastor da su vida por las ovejas; el que es mercenario, y no es el pastor, el dueño de las ovejas, ve venir al lobo y huye, abandonando el rebaño. El lobo las ataca y las devora, porque es un mercenario, y no le importan las ovejas” (*Jn 10,11-13*). El Evangelio de Lucas dice de los buenos pastores: “Estaban despiertos, velando durante la noche, atendiendo a su rebaño. El ángel del Señor se les apareció y los rodeó la gloria de Dios, y tuvieron miedo. El ángel les dijo: ‘No teman. Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy ha nacido un Salvador, que es el Señor, el Ungido, en la ciudad de David. Y la señal de que tal cosa ha sucedido será que verán un niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre’” (*Lc 2,8-12*). ¿Acaso eran ellos los únicos que estaban apacentando las ovejas en ese momento y seguían a su rebaño por los desiertos? Pero eran los únicos solícitos, y no hacían caso del sueño de la noche, que es una necesidad natural, por miedo de los lobos que estaban en asecho. Por ello merecieron oír los primeros lo que había sucedido cerca de donde se encontraban, mientras Jerusalén dormida lo ignoraba. Es por eso que David dice: “No dormiré el que custodia a Israel” (*Sal 120 [121],4*). Del mismo modo, estén ustedes en vela con temor y temblor, obrando su salvación (*Flp 2,12*), y sabiendo que el Señor del Universo, de quien todos los hombres recibirán lo que les corresponde según sus obras (*2 Co 5,10*), se apareció después de la Resurrección solamente a los apóstoles, y dijo al primero de ellos, Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Respondió: ‘Señor, tú sabes que te amo’. Le dijo: ‘Apacienta mis ovejas’. Después le dijo nuevamente: ‘Simón, hijo de Juan, ¿me amas?’. Le respondió: ‘Sí, Señor, tú sabes que te amo’. Le dijo: ‘Apacienta mis ovejas’” (*Jn 21,15-16*). Por tercera vez le mandó que apacentara las ovejas, y con ello nos ordenó a todos nosotros que ejerciéramos este oficio, para que, apacentando con diligencia las ovejas del Señor, recibiéramos en el día de su visita, por nuestro trabajo y vigilancia, lo que nos prometió en el Evangelio, cuando dijo: “Padre, deseo que donde yo estoy, ellos estén conmigo” (*Jn 17,24*), y otra vez dijo: “Donde estoy yo, allí estará mi servidor” (*Jn 12,26*). Pensemos en las promesas y en el premio, realicemos con fe nuestro trabajo, marchando como lo hizo el mismo Señor, que es quien prometió los premios».

*Agustín de Hipona, Sermón sobre los pastores (Sermón 46,2; CCL 41, 529-530)*

“El Señor, no según mis merecimientos, sino según su infinita misericordia, ha querido que yo ocupara este lugar y me dedicara al ministerio pastoral; por ello debo tener presente dos cosas, distinguiéndolas bien, a saber: que por una parte soy cristiano y por otra soy obispo. El ser cristiano se me ha dado como don propio; el ser obispo, en cambio, lo he recibido para vuestro bien. Consiguientemente, por mi condición de



cristiano debo pensar en mi salvación, en cambio, por mi condición de obispo debo ocuparme de la vuestra.

En la Iglesia hay muchos que, siendo cristianos pero sin ser preladados, llegan a Dios; ellos andan, sin duda, por un camino tanto más fácil y con un proceder tanto menos peligroso cuanto su carga es más ligera. Yo, en cambio, además de ser cristiano, soy obispo; por ser cristiano deberé dar cuenta a Dios de mi propia vida, por ser obispo deberé dar cuenta de mi ministerio”.

***Aequalis sit ab eo omnibus caritas... (RB 2,22)***

*Sermón de san Hilario de Arlés sobre la vida de san Honorato (hacia 430)*

**18.** «Es increíble cuánto se preocupó por no dejar a nadie agobiado de tristeza u obsesionado por la preocupación del mundo; con qué facilidad discernía lo que ofendía a cada uno, cómo llevaba en su alma el alma de cada uno; además, con qué misericordioso discernimiento supo hacer que nadie se viera agobiado por un exceso de trabajo, que nadie se entumeciera por un exceso de reposo. 2. Medía, si se puede decir así, el tiempo del sueño de cada uno con bondad: arrancando siempre de su ociosidad a los que eran de salud robusta y exigiendo el reposo a los que animaba el fervor espiritual. Conocía las fuerzas, las disposiciones y el temperamento de todos, por una intuición que, creo, le venía de Dios *haciéndose*, verdaderamente, *el servidor de todos*<sup>1</sup> por causa de Cristo Jesús.

3. Es prodigioso ver cómo un solo hombre se llenaba de una gran cantidad de oficios, aunque era atormentado por diversas enfermedades. Los más fuertes y los que, aún en el comienzo de su conversión, estaban llenos de vigor, tuvieron su compañía en los ayunos y en las vigilias: se sometía al mismo régimen a pesar de sus desiguales fuerzas. Visitaba a los enfermos, estando él mismo más enfermo que ellos; se preocupaba de aliviar al mismo tiempo las almas y los cuerpos; y el temor de que cada uno no hubiera recibido su parte, era el pensamiento que le volvía sin cesar al espíritu.

4. “Éste sufre de frío, este otro está enfermo; para éste, ese trabajo es penoso; para este otro, este alimento no conviene; aquél ha sido ofendido por otro; es grave que el segundo haya cometido una injusticia y no es menos grave que el primero se haya resentido. Es necesario velar constantemente para que el segundo exprese su sufrimiento al haber cometido una tan grave ofensa y obtenga el perdón, y para que el primero considere ligera o nula la injusticia cometida”.

6. Tal era, para él, la meta del yugo que imponía: volver *ligero*, para todos, *el yugo de Cristo*<sup>2</sup> y desviar todos los dardos del diablo; después de haber disipado las nubes de las faltas, volver a traer la calma serena del perdón; amando, implantar el amor de Cristo y del prójimo; emplear todos sus cuidados para cultivar las almas de todos como si se tratara de su propio corazón; suscitar las nuevas alegrías; y, sin tregua, como el primer día de su conversión, inflamar del deseo de Cristo».

***In doctrina sua namque abbas apostolicam debet illam semper formam servare (RB 2,23)***

*San Agustín, Regla para los siervos de Dios (VIII). Compuesta probablemente a fines del siglo IV.*

---

<sup>1</sup> 1 Co 9,19.

<sup>2</sup> Cf. Mt 11,30.

« 1. Obedezcan al prepósito como a un padre, con el honor que se le debe para no ofender a Dios en su persona; y con mayor razón al presbítero que lleva sobre sí el cuidado de todos ustedes.

2. Que todo esto, pues, sea observado, y en caso de que no lo fuera para que no se lo pase por alto negligentemente, se lo cuidará enmendando y corrigiendo, lo que corresponde principalmente al prepósito; el cual refiera a los presbíteros, que entre ustedes detentan la mayor autoridad, lo que exceda a su medida y a sus fuerzas.

3. Que el que los preside no se considere feliz por ejercer un poder tiránico, sino por servir en la caridad. Delante suyo, sea muy honrado; delante de Dios, el temor lo ponga a sus pies. Delante de todos que se muestre como ejemplo de buenas obras: corrija a los inquietos, consuele a los pusilánimes, sostenga a los enfermos, sea paciente con todos. Que observe gustosamente la disciplina y la imponga con temor. Y aun cuando las dos cosas son necesarias, sin embargo, desee ser más amado por ustedes que temido, acordándose siempre que es a Dios a quien deberá dar cuenta de ustedes.

4. Por eso, si bien es cierto que con su obediencia manifiestan tener misericordia de ustedes mismos, aún más la tienen con él, porque entre ustedes cuanto más alto es el lugar que se ocupa, tanto mayor es el peligro en que se está».

### *San Agustín, Comentario a la epístola a los Gálatas*<sup>3</sup>

“Nada prueba mejor a un varón espiritual que el tratamiento del pecado ajeno. Cuando se obra o practica con él la liberación más que el insulto, se prestan auxilios más que injurias, y en cuanto la autoridad se lo consiente (*facultas tribuitur*) lo sostiene... ¿De qué modo corregir, sino manteniendo la suavidad en el corazón y alguna dureza medicinal rociar con la palabra de la corrección? No veo que de otro modo deba entenderse lo que en la epístola se escribió: *Predica la palabra, insta oportuna e inoportunamente; arguye, exhorta, increpa con toda paciencia y doctrina (2 Tm 4,2)*. Oportuna e inoportunamente son cosas contrarias, y ningún medicamento cura algo, a no ser que lo apliques en tiempo oportuno... Insiste oportunamente, y si de esta forma no adelantas, a destiempo. Esto debe comprenderse como que tú no abandones de ningún modo la oportunidad, y así recibas lo que se dijo; inoportunamente, como que aún viéndote inoportuno para el que no oye de buen grado lo que le dicen, tú sepas sin embargo que esto es oportuno para él, y mantengas el amor y la solicitud de su salud con ánimo apacible, modesto y fraterno...

Todo lo que dijeres con ánimo herido, es movimiento del que castiga, no caridad del que corrige. Ama y di lo que quieras. En ningún modo será afrenta lo que hubiese sonado a especie de ultraje, si te acuerdas y te sientes querer ser liberador del hombre del asedio de los vicios con la espada de la palabra de Dios. Pero si quizás, como muchas veces sucede, por amor inicias tal acción, y te enfrentas a ella con corazón de amor, pero durante la obra se desliza algo que se te resiste, lo que te aparta de golpear el vicio del hombre y lo perjudicas al hombre mismo, mucho más saludablemente te convendrá recordar, lavándote después con lágrimas el polvo de esta especie, que no debemos ensoberbecernos sobre los pecados de los otros, cuando pecamos en la misma reprensión de ellos, haciéndonos más fácilmente airados a la ira contra los pecadores que misericordiosos con su miseria”.

### *Regla del Maestro (cap. 1,82-92)*

“El Señor instituyó en su Iglesia -en paralelismo con el nombre de la Trinidad- tres grados de doctrina: primero el de los profetas, segundo el de los apóstoles y tercero el de los doctores (cf. *1 Co 12,28; Ef 4,11*), de suerte que bajo su imperio y doctrina fueran

<sup>3</sup> Ns. 56-57: BAC 187, pp. 180-184.

regidas las iglesias y las escuelas de Cristo. Como pastores deben encerrar a las ovejas en los santos apriscos y amaestrarlas, conforme a lo que dice el Señor por boca del profeta Isaías: *Les daré pastores conforme a mi corazón que las harán pastar con disciplina* (no es Isaías sino Jr 3,15). El mismo Señor dijo a Pedro: *Simón, hijo de Juan, apacienta mis ovejas* (Jn 21,17), enseñándoles a guardar los preceptos que les he dado. *Y yo estoy con ustedes, todos los días, hasta el fin del mundo* (Mt 28,20).

En consecuencia, todos cuantos todavía tienen a la ignorancia por madre, les conviene ponerse bajo la autoridad de un mayor, para que caminando bajo la dirección de un doctor, aprendan a ignorar el camino de la propia voluntad. Efectivamente, por el doctor, es el Señor quien nos manda, pues como acabamos de decir, él está con estos doctores siempre: *todos los días, hasta el fin del mundo* (Mt 28,20), sin duda con el único fin de edificarnos a través de ellos, por el Señor mismo dijo a sus discípulos, es decir, a nuestros doctores: *Quien a ustedes escucha, a mí me escucha, quien a ustedes desprecia, a mí me desprecia* (Lc 10,16). Por lo tanto, si lo que escuchamos a través de estos doctores también lo cumplimos, no realizamos nuestra voluntad. De este modo el día del juicio el diablo no tendrá nada en nosotros que pueda reivindicar para sí en su infierno, desde el momento que el Señor ha obrado siempre cosas en nosotros que pueden ser destinadas a la gloria.

### **... Agnoscat pro certum quia in die iudicii... (RB2,28)**

#### *Carta de Barsanufio*<sup>4</sup>

«El mismo hermano Andrés, en posesión de un don tan grande, pide para él y sus compañeros una mediación:

Respuesta:

Servidor del Señor Altísimo, Andrés, conservador de mi bajeza, paz a ti y a nuestros otros consiervos de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo. Te hago saber que antes mismo de recibir tu pedido, yo te había presentado a la santa, adorable, consustancial y vivificante Trinidad, sin principio, en una presentación que es resguardo contra todo mal. Pero no quiero que ignores esto: que habrá otra presentación más temible, más definitiva y terrible, más deseable y amable, más honorable y gloriosa. ¿Cuál es? Escucha. Cuando se vea cubierto de vergüenza el enemigo del bien, nuestro adversario, al escuchar la bienaventurada y vivificante voz de nuestro Salvador que no dirá estas palabras llena de gozo, de alegría y exultación, y brillando de un inefable resplandor: “Vengan, benditos de mi Padres, reciban en herencia el Reino que les ha sido preparado desde la fundación del mundo” (Mt 25,34); entonces se hará la gran presentación: “Cuando el reino será entregado a Dios Padre” (1 Co 15,24). Es esta y no habrá otra. Escucha cómo sucederá: *Cada uno de los santos, llevando ante Dios a los hijos que ha salvado, dirá con voz sonora, con plena y total confianza, ante la mirada estupefacta de los ángeles santos y de todos los poderes celestiales: “Aquí estoy yo y los hijos que Dios me ha dado”* (Is 8,18; Hb 2,13). Y no sólo los entregará a ellos a Dios, sino también a sí mismo, y entonces Dios será todo en todos (1 Co 15,28). Reza para que podamos llegar allí. Bendito el que espera y llega. Reza por mi, mi bien amado» (Carta 117).

<sup>4</sup> Edición en la col. *Sources Chrétiennes*, n° 427, Paris, Eds. du Cerf, 1998, pp. 446-449.

## Comentario del abad Georg Holzherr, osb, al capítulo 2 de la RB<sup>5</sup>

### vv. 1-10

a. Fundándose sobre una tradición que era ya común, el Maestro<sup>6</sup> presenta una figura del abad que es el fruto de una madura reflexión. Lo que la Escritura afirma de Cristo y del ministerio apostólico se atribuye con toda naturalidad al abad, siendo éste considerado, análogamente al obispo, jefe de una comunidad eclesial, es decir, de la “escuela de Cristo”<sup>7</sup>. La doctrina abacial aquí desarrollada puede, por tanto, ser aplicada también a todo prepósito eclesiástico y, en general, ayuda a tener una concepción cristiana de la *autoridad*.

b. Más específicamente, Padre y Señor del monasterio es Cristo mismo, de quien el abad, por la fe, es considerado “*vicario*”: fuera de esta relación de orden religioso, autoridad y obediencia monásticas serían simplemente usurpaciones o renunciaciones irresponsables a los derechos personales.

El abad es el “*superior*” (*maior*). Como el dueño de la casa designa “*maior-domus*” a unos de sus servidores y lo pone en su representación al frente de los otros domésticos, así como Cristo constituye como vicarios suyos en la “*casa de Dios*”, es decir en la Iglesia o en el monasterio, a los obispos y presbíteros o al abad y los superiores.

Para Benito el monasterio es “*casa de Dios*”<sup>8</sup>: en ella el abad cumple la función de servidor y mediador entre Cristo y los monjes.

c. El abad es el *padre espiritual*, porque, como Cristo entre sus discípulos, “*revela al Padre*”<sup>9</sup>. En un cierto sentido, se puede decir que su identidad se define en base a la relación que él tiene con la familia monástica: quienes poseen el Espíritu de Cristo<sup>10</sup> desean que esté presente en medio de ellos el signo visible de la paternidad de Dios<sup>11</sup>, y bajo el impulso del Espíritu llaman al abad “*Abba, Padre*”, en referencia a Cristo. La certeza de ser escuchados por Dios y por Él colmados del Espíritu, nos da la fuerza para vivir reconciliados con nosotros mismos, de recibir y “*llevar*” a los otros, y de reconocer en la autoridad del abad el signo de la bondad paterna del Señor. En la Iglesia antigua era costumbre considerar a Cristo como Padre, porque Él es quien genera a la vida nueva<sup>12</sup>. El Evangelio mismo nos dice que Jesús ha llamado a sus discípulos “*hijitos*”<sup>13</sup>. El apelativo “*padre*”, que se utilizaba en la Iglesia primitiva, revela un profundo y tierno amor por Cristo. Si los documentos escritos de la época de los mártires dejan transparentar tal afecto sólo veladamente, ello constituye, sin embargo, una peculiar expresión de la devoción popular del tiempo. Percibimos un eco tanto en el Maestro como en Benito.

<sup>5</sup> Traducción de: *La Regola di San Benedetto. Testo integrale latino-italiano. Introduzione e commento*, Casale Monferrato (Italia), Piemme, 1992, pp. 71-75.

<sup>6</sup> Dos tercios del capítulo han sido tomados directamente del Maestro: RB2,1-18a. 20-25. 30. 37-40 → RM 2,1-21. 22-25. 32-34. 39-40. En el Maestro el capítulo del abad sigue al “*Thema de la Regla*”. El abad y el maestro. Tal capítulo se encontraba originariamente en la “*Regla del monasterio*”, documento perteneciente al mismo *dossier* que contenía el “*Actus militiae cordis*”. Más tarde, por motivos de orden práctico, el capítulo sobre los diversos géneros de monjes y sobre el abad fueron introducidos en la sección de los “*Actos de la milicia del corazón*” (E. Manning).

<sup>7</sup> RB Pr 45-50; 1,2; cf. RM 1,82-92.

<sup>8</sup> Cf. RB 53,22; cf. RM 11,5-14.

<sup>9</sup> RB 2,3; cf. *Jn* 10,38; 14,8-12; 17,6.

<sup>10</sup> Cf. también *Hch* 4,33: “*Et gratia magna erat in omnibus illis*” (*Y una gran gracia estaba en todos ellos*).

<sup>11</sup> RB 5,12: “*Desean que los gobierne un abad*”.

<sup>12</sup> Cristo es el “*segundo Adán*” (cf. *1 Co* 15,45); cf. RB Pr 3. A Él se le atribuye el título mesiánico: “*Padre por siempre*” (*Is* 9,5).

<sup>13</sup> *Mc* 10,24; *Jn* 13,33; 14,18; 21,5; en particular *1 Jn*.

En época precedente Ireneo, por ejemplo, afirmó con gran vigor: “El Padre de género humano es el Verbo de Dios”<sup>14</sup>, o también: “El nombre del Hijo es también el Padre”<sup>15</sup>. Además, el cristocentrismo del Maestro y de Benito refleja una toma de posición frente al arrianismo: siendo Cristo “de la misma sustancia que el Padre”, puede ser llamado con el mismo nombre. En consecuencia, se atribuye idéntico título también a aquel que en el monasterio hace las veces de Cristo. Basilio recomienda considerar como “padres” a “aquellos que han generado... por medio del Evangelio”<sup>16</sup>, y como “hermanos” a quienes han recibido el “mismo espíritu de adopción”<sup>17</sup>. En los monasterios egipcios, por ejemplo, Pacomio ya es llamado “nuestro santo padre”<sup>18</sup>. El “padre espiritual”, en torno al cual comienzan a reunirse los discípulos, es el prototipo del abad<sup>19</sup>. Las “Vidas de los Padres” nos han conservado innumerables ejemplos.

d. El abad es *maestro*, pero sólo si presta, por así decirlo, la voz a Cristo<sup>20</sup>. Basilio también afirma que no puede enseñar absolutamente nada contra la voluntad de Dios o contra la Escritura<sup>21</sup>; por el contrario, debe exponer la doctrina de Cristo de modo que ella llegue a lo profundo de los corazones, y allí se desarrolle y fructifique. El vínculo que une su persona a la de Cristo y el reclamo a su responsabilidad de pastor, sometido al juicio de Dios, deberían ponerlo en guardia contra toda forma de absolutismo inoportuno.

e. Para impedir toda tendencia a ejercer un dominio despótico<sup>22</sup>, el Autor, al igual que otros muchos escritores monásticos, retoma la analogía con los *Pastores* de la Iglesia, siguiendo la profecía de Ezequiel<sup>23</sup>.

f. El pastor es presentado de buena gana también en su función de *médico*<sup>24</sup>.

## vv. 11-15

a. El abad, imitando como verdadero padre espiritual *la pedagogía de Cristo*, enseña con la palabra y el ejemplo. Ya en Clemente de Alejandría hallamos tratado este argumento. Los monasterios empezaron a ser llamados “escuelas” en Egipto, probablemente en referencia al “didaskaleion” o escuela catequética. Y se formaron en torno a un “senior”, o sea un asceta anciano y experimentado, en grado de enseñar a los discípulos que se presentaban para someterse a su autoridad. Casiano intentó más tarde difundir en Occidente este tipo de monasterio, entendido como “escuela”<sup>25</sup>. No se debe olvidar que en los monasterios egipcios la formación se daba a través de la catequesis<sup>26</sup>, unida a la práctica de las virtudes<sup>27</sup>. Lérins adoptó esta impostación, en

<sup>14</sup> *Adv. Haer.*, IV,52,5.

<sup>15</sup> *Adv. Haer.*, IV,17,6. Este paralelo con RB 2,2 impresiona particularmente: “pronomine” = “pre-nombre”, con el significado de título, apelativo. Ireneo cita Mt 11,27: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*.

<sup>16</sup> *Regla de Basilio* (versión latina de Rufino), 4.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 4; cf. *Rm* 8,15; *Ga* 4,6.

<sup>18</sup> Orsio, *Testamento*, 10.

<sup>19</sup> Casiano, *Conferencias*, 18,4; *Instituciones*, 4,8-10.

<sup>20</sup> Cf. RB 5,6, donde se cita Lc 10,16: *El que los escucha a ustedes, me escucha a mí*.

<sup>21</sup> *Regla de Basilio* (versión latina de Rufino), 15.

<sup>22</sup> Orsio, *Testamento*, 7. 9. 10. 11. 13; san Agustín, *Regla*, 7,1-3; *Regla de los Cuatro Padres*, 5,11-17; Cesáreo de Arlés, *Regla para las vírgenes*, 35; *Regla de Ferreol*, 37.

<sup>23</sup> Ez 34,2-5. A menudo se cita también: Jn 21,15-17 (Orsio, *Testamento*, 17; *Regla de Ferreol*, 37), Hb 13,17 y Hch 20,28 (Orsio, *Testamento*, 19, 40); Hb 3,15 (*Regla de Ferreol*, 37).

<sup>24</sup> Por ejemplo, Orígenes, *Homilias sobre Josué*, 7,6; Honorato, fundador de Lérins, es sintéticamente definido “medicina común para todos” (*Vida de san Honorato*, 6,27). Cf. RB 2,26-29; 27,2-4; 28; 46,5-6; 64,12-15.

<sup>25</sup> *Conferencias*, III,1. Casiano cuenta que incluso hasta los antiguos ermitaños habrían buscado el “discipulado”, para hacer progresos reales en la fe.

<sup>26</sup> En los monasterios pacomianos el prepósito daba una conferencia o catequesis tres veces a la semana (Pacomio, *Reglas*, Pr 20-21).

tanto que Benito la rechazó<sup>28</sup>, sin que por esto se infravalorara el valor fundamental del conocimiento de la Escritura.

b. La distinción entre “discípulos capaces de comprender” y aquellos “intelectualmente menos dotados” (!)<sup>29</sup> está ubicada en la admonición que exhorta al abad a adaptarse al temperamento de cada uno. En una comunidad es importante saber recibir y respetar a cada persona con su temperamento<sup>30</sup>: sólo así es posible alcanzar una verdadera integración.

#### vv. 16-22

a. La exhortación a tener un mismo amor hacia todos, excluyendo cualquier clase de parcialidad<sup>31</sup>, se fundamenta sobre la doctrina paulina de la unidad y de la *igualdad* de todos en Cristo<sup>32</sup>, premisa indispensable para una auténtica vida comunitaria. A propósito de la exigente cuestión del orden jerárquico, Benito inserta una nota personal respecto al texto del Maestro<sup>33</sup>. Si es verdad, por una parte, que no admite de ninguna manera que las diferencias sociales puedan justificar alguna forma de discriminación, sin embargo, por la otra, establece expresamente otros criterios de preferencia<sup>34</sup>, y omite<sup>35</sup> -porque le pudo haber parecido muy “planificante”<sup>36</sup>- el pasaje en el que el Maestro subraya que Dios ordena a la tierra que sirva igualmente a los buenos y a los malos.

b. La expresión “llevar” *el yugo de la disciplina* parece una referencia implícita al “llevar” la cruz por parte de Jesús<sup>37</sup>, modelo único no sólo para el abad, sino para todos y para cada uno.

#### vv. 23-25

La afirmación de la necesidad de adaptarse a los *diversos temperamentos* esta fundada sobre una enseñanza del Apóstol, que resultó determinante para muchas reglas monásticas: es otro caso en el que una exhortación dirigida a los prepositos eclesiásticos se la refiere al abad<sup>38</sup>.

Respecto al texto del Maestro, Benito omite<sup>39</sup> tanto la frase en la que recuerda el gesto de Jesús que toma de la mano un niño, considerándolo un ejemplo de humildad, como también su invitación a alimentar hacia todos un amor paterno y materno al mismo tiempo. Ya Orígenes se había expresado favorablemente a propósito de una armónica alternancia de suavidad y severidad<sup>40</sup>.

<sup>27</sup> «Abba Hiperequios dijo: “Es verdaderamente sabio aquel que enseña a los otros con sus obras y no sólo con sus palabras”» (*Vitae Patrum*, 5,12,5).

<sup>28</sup> Cf. RB Pr 45-50.

<sup>29</sup> RB 2,12. Ver la distinción entre los “espirituales” y los demás en la escuela alejandrina.

<sup>30</sup> Cf. RB 2,31-32; 3,1-3; 31,3-7; etc. Este es un tema común entre los escritores monásticos: Orsio, *Testamento*, 9, 13; *Regla de los Cuatro Padres*, 2,7; san Agustín, *Regla*, 7,3.

<sup>31</sup> Cf. RB 34,1-2; 63,1-9.

<sup>32</sup> Cf. Orsio, *Testamento*, 9, 16; Pacomio, *Regla*, Inst., 18; *Regla de los Cuatro Padres*, 2,8; 5,11-12.

<sup>33</sup> RB 2,18-19.

<sup>34</sup> RB 63,1-9.

<sup>35</sup> Antes de RB 2,22.

<sup>36</sup> En RB 2,22, Benito añade una nota que parece poner en segundo plano el orden jerárquico de los hermanos en la comunidad: “Según los méritos de cada uno”.

<sup>37</sup> “Cargar” (*Jn* 19,17).

<sup>38</sup> Cf. *Regla de Basilio* (versión latina de Rufino), 98.

<sup>39</sup> Después de RB 2,23.

<sup>40</sup> RB 2,24. Según Orígenes también Dios nos conduce a la salvación con la misma pedagogía.

## v. 26

Respecto al texto del Maestro, Benito añade la exhortación a tomar inmediatamente las medidas necesarias contra los vicios: la referencia a Elí quiere poner en guardia contra una falsa tolerancia<sup>41</sup>. En el segundo y posterior capítulo sobre el abad, tal invitación a “erradicar”<sup>42</sup> los vicios tiene un tono más suave, y está unida a la recomendación de proceder con “caridad y prudencia”<sup>43</sup>, según la enseñanza de Basilio que exhorta a comportarse como un padre o como un médico ante el hijo enfermo<sup>44</sup>.

## vv. 27-29

En estos versículos, también propios de Benito, se vuelve a desarrollar el tema de la *adaptación* al carácter de cada uno<sup>45</sup>. Frente a los “duros de corazón”<sup>46</sup> y a los obstinados el tono se torna particularmente severo<sup>47</sup>: sobre ellos pueden producir un efecto saludable sólo aquellos castigos que resultarían insoportables para las naturalezas sensibles.

## v. 30

El Maestro insiste sobre la *responsabilidad* del abad<sup>48</sup>.

## vv. 31-32

a. Este añadido de Benito sobre la necesidad de adaptarse al temperamento de cada uno<sup>49</sup> muestra una preocupación fundamental para él, a la que le hace honor.

Del contexto completo emerge una figura de abad como hombre espiritual y pastor de almas<sup>50</sup>, cuyo carisma específico es la *atención oblativa hacia cada uno*. Se instaura así una relación estrechamente personal, que presupone el “conocimiento del corazón”. Un ejemplo significativo de esto es la figura del primer abad de Lérins, Honorato: él “sabía captar la índole propia de cada uno, y adaptar sus exhortaciones al camino de cada alma; con algunos se mostraba severo, con otros afable... Para decirlo de alguna forma, acogía el corazón de cada uno en su propio corazón. Parecía estar dotado de una “intuición especial recibida de Dios” que le permitía “conocer la fuerza, el estado de ánimo e incluso la necesidad de alimento y reposo” de cada individuo; frenaba a quienes eran muy celosos, exhortaba a los negligentes<sup>51</sup>; sabía “armonizar suavidad y severidad”<sup>52</sup>.

<sup>41</sup> Es una advertencia que hallamos en toda la tradición: cf. Pacomio, *Regla*, Inst., 18; *Regla de Basilio* (versión latina de Rufino), 122.

<sup>42</sup> Cf. RB 33,1; 55,18.

<sup>43</sup> RB 64,14. Inspirado probablemente de san Agustín, *Regla*, 7.

<sup>44</sup> *Regla de Basilio* (versión latina de Rufino), 23. Para la imagen del médico, ver más arriba la nota 20.

<sup>45</sup> Cf. RB 2,23-25.

<sup>46</sup> Cf. RB Pr 8-11.

<sup>47</sup> Cf. *Regla de Basilio* (versión latina de Rufino), 17. Para los castigos corporales: RB 23,5; 28,1-5; 30,2-3; 45,3.

<sup>48</sup> Cf. RB 2,1-10.

<sup>49</sup> Cf. RB 2,11-15. 23-25. 27-29. El binomio “palabra persuasiva - amonestación” se encuentra, por ejemplo, en la *Regla de Ferreol*, 37.

<sup>50</sup> Cf. RB 27,5-6; 28,1-5; 41,5; 46,5-6.

<sup>51</sup> *Vida de san Honorato*, 3,17--4,18.

<sup>52</sup> *Vida de san Honorato*, 6,26.

Este don del conocimiento del corazón habilita para el ejercicio carismático de la cura de almas.

b. En las reglas monásticas se encuentran pocos pasajes paralelos acerca de la difícil misión del *servicio pastoral* y de la *cura de almas*. Agustín exhorta a los hermanos a obedecer espontáneamente, para así mostrar la caridad recíproca y, al mismo tiempo, aliviar al superior en sus responsabilidades<sup>53</sup>. En cambio, la imagen del abad como aquel a quien se le *confía un rebaño* es común a toda la tradición<sup>54</sup>.

### vv. 33-36

No es fácil hallar en otros directorios abaciales<sup>55</sup> un paralelo inmediato de estas exhortaciones de Benito a salvaguardar la *prioridad de los valores espirituales*.

El abad es responsable de los bienes materiales de la comunidad, desde el instante en que los monjes renuncian a toda forma de posesión<sup>56</sup> y los bienes se ponen en manos de un “hombre de Dios”, que se convierte para ellos en mediador de la divina providencia<sup>57</sup>. El abad, como verdadero hombre espiritual, se preocupa por respetar la jerarquía de valores, asegurando a cada cosa su puesto. Él debe saber elevar el ánimo de los hermanos de las realidades terrenas hacia aquellas celestiales con sus dotes de caridad sobrenatural y verdad<sup>58</sup>. Para administrar los bienes del monasterio es indispensable, sobre todo, el don de la “sabiduría”<sup>59</sup>, y puesto que en “la casa de Dios” todo pertenece a la esfera de lo sacro<sup>60</sup>, se sigue, para Benito, que el maestro espiritual debe ocuparse también de las realidades “materiales”<sup>61</sup>.

### vv. 37-40

En esta sección, tomada del Maestro, se retoman de nuevo los temas de la cura de almas, de los deberes y de la responsabilidad del pastor<sup>62</sup>, cuyo servicio tiene como finalidad conducir a la *purificación interior*, o sea a aquella “pureza de corazón” (*apatheia*) que es asimismo la meta de la escala de la humildad<sup>63</sup>. Ella dilata los espacios del corazón, haciéndolo capaz del amor de Dios y constituye una necesaria premisa para la contemplación de su rostro<sup>64</sup>.

### *Evaluación del Capítulo 2º:*

Comparar el capítulo 2 de RB con el capítulo 2 de la *Regla del Maestro*, y señalar las principales semejanzas y diferencias entre ambos textos<sup>65</sup>.

<sup>53</sup> Agustín, *Regla*, 7,4; cf. Cesáreo de Arlés, *Regla para las vírgenes*, 35,4-8.

<sup>54</sup> Cf. Orsio, *Testamento*, 17; cf. nota 18. También en la liturgia se encuentra con frecuencia esta comparación.

<sup>55</sup> Cf. sin embargo: Cesáreo de Arlés, *Regla para las vírgenes*, 27,1.

<sup>56</sup> Cf. *Hch* 4,35: “Ponían todo a los pies de los apóstoles”.

<sup>57</sup> Esta perspectiva del monacato primitivo presenta al abad bajo una luz distinta respecto del obispo, quien no está obligado a ocuparse directamente de las cuestiones materiales de sus fieles.

<sup>58</sup> *Regla de los Cuatro Padres*, 2,4; cf. RM 11,94-106.

<sup>59</sup> Cf. RB 31,1-2 (el celerario); 53,5-10 (hermanos encargados de los huéspedes), 66,1 (el portero).

<sup>60</sup> Cf. RB 31,10-12.

<sup>61</sup> RB 64,17.

<sup>62</sup> Cf. RB 2,1-10. 31-32.

<sup>63</sup> Cf. RB 7,67-70.

<sup>64</sup> Cf. RB Pr 47; 4,55-58.

<sup>65</sup> Se recomienda utilizar: *Regla del Maestro - Regla de S. Benito. Edición Sinóptica. Introducción, versión, distribución sinóptica y notas por Ildefonso M. Gómez, OSB, Zamora, Ediciones Monte Casino, 1988, pp. 104 ss. (Colección Espiritualidad monástica, fuentes y estudios, 18).*





## Apéndice

**1) LAS SIETE ESPADAS DEL ABAD** (citado por P. Miquel en: *La vie monastique selon Saint Benoît*, Paris, Ed. Beauchesne, 1979, pp. 46-47)

*Dom Vital Lehodey, abad de Bricquebec a Dom Gabriel Sortais, abad de Bellefontaine*

No se trata de espadas de las que el abad sería poseedor en virtud de un poder de vida y muerte, sino de espadas que traspasan su corazón: los siete dolores del abaciado.

1. Ser absorbido por tareas administrativas que no le permiten dedicarse, tanto cuanto desearía, a la oración silenciosa.
2. Tomar conciencia que una decisión que ha tomado o una orden que dio están mezcladas de voluntad propia, es decir, que los motivos tendrían que ser purificados previamente.
3. No poder justificar, por el bien de la comunidad o de un monje, una decisión que parece arbitraria: es el peso del secreto profesional.
4. Tomar conciencia que desempeña el papel de Presidente Director General: ya no es más padre, es presidente director general al frente de una sociedad comercial, industrial, litúrgica; prisionero de su personaje o de su función. Lo que se espera de él es no tanto la conducción de las almas cuanto la dirección de los negocios.
5. Darse cuenta que es incapaz de procurar la paz y la alegría a todos sus monjes. En toda comunidad hay algunos refractarios, algunos resistentes, algunos murmuradores: la solicitud y la paciencia del abad les irrita aún más que sus errores y debilidades.
6. Hallarse en medio de dos fracciones de su comunidad y tener que tomar una determinación urgente y grave que sacrifica aparentemente una parte en beneficio de la otra: ¿cuál es la *sanior pars*?
7. Constatar una antipatía persistente entre dos de sus hijos. El contraste de temperamentos, el enfrentamiento de caracteres, el choque de mentalidades puede ser saludable, pero he aquí que dos monjes viven en un estado de animosidad permanente: todo les sirve de pretexto para irritarse el uno contra el otro; una inhibición recíproca les impide expresarse con calma: sus conversaciones son tensas y sus silencios pesados. Y el abad es padre de los dos, los ama a los dos y nada puede hacer por ellos sino orar para que el Señor los ayude a conocerse mejor a fin de que se amen en la verdad.

Estas siete espadas no traspasarán el corazón de todos los abades, pero hay pocos abades que escapen de la herida de una u otra espada.

## 2) REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

### CAPÍTULO II<sup>66</sup>

*Cómo debe ser el abad*

MADRE CANDIDA CYMBALISTA, OSB

*1 Un abad digno de presidir un monasterio debe acordarse siempre de cómo se lo llama, y llenar con obras el nombre de superior. 2 Se cree, en efecto, que hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre, 3 según lo que dice el Apóstol: “Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre” (Rm 8,15).*

Este capítulo no es sólo para el abad sino para todos. Es aplicable a abades, a priores que dirigen una comunidad.

“Presidir” significa conducir al bien común. El bien común no es la suma de bienes y está más alto que el bien personal.

El abad debe continuar la obra de Cristo porque es como el vicario de Cristo. Constantemente debe ser una transparencia de Cristo

San Benito quiere que en el monasterio haya una visión de fe. Si el abad piensa que debe ser Cristo para los monjes, no debe excederse en su autoridad. Si cambia el abad, para el monje no debe pasar nada porque siempre, para él, el abad debe ser Cristo,

Doctrina, estructura, orden en un monasterio, no deben apartarse de los preceptos del Señor.

*4 Por lo tanto, el abad no debe enseñar, establecer o mandar nada que se aparte del precepto del Señor, 5 sino que su mandato y su doctrina deben difundir el fermento de la justicia divina en las almas de los discípulos. 6 Recuerde siempre el abad que se le pedirá cuenta en el tremendo juicio de Dios de estas dos cosas: de su doctrina, y de la obediencia de sus discípulos. 7 Y sepa el abad que el pastor será el culpable del detrimento que el Padre de familias encuentre en sus ovejas. 8 Pero si usa toda su diligencia de pastor con el rebaño inquieto y desobediente, y emplea todos sus cuidados para corregir su mal comportamiento, 9 este pastor será absuelto en el juicio del Señor, y podrá decir con el Profeta: “No escondí tu justicia en mi corazón; manifesté tu verdad y tu salvación, pero ellos, desdeñándome, me despreciaron” (Sal 39,11 e Is 1,2). 10 Y entonces, por fin, la muerte misma sea el castigo de las ovejas desobedientes encomendadas a su cuidado.*

El abad debe enseñar, debe establecer, debe mandar dentro del Evangelio, debe sentirse interpelado por la Palabra de Dios, debe autocontrolarse respecto a esa Palabra de Dios; debe arraigar en la doctrina de Cristo. Un abad no puede enseñar nada contra el Magisterio de la Iglesia.

El abad en san Benito, tiene un triple matiz: el de **Cristo**, el de **pastor** y el de **maestro**.

Se le imputará al pastor todo lo que sus ovejas no tuvieron en el orden del espíritu. La figura del “abad pastor” se puede connotar con Ezequiel y los Salmos.

<sup>66</sup> Este capítulo lo vuelve a desarrollar al final de su abadiato, junto con los capítulos 27 y 64.

*11 Por tanto, cuando alguien recibe el nombre de abad, debe gobernar a sus discípulos con doble doctrina, 12 esto es, debe enseñar todo lo bueno y lo santo más con obras que con palabras. A los discípulos capaces proponga con palabras los mandatos del Señor, pero a los duros de corazón y a los más simples muestre con sus obras los preceptos divinos. 13 Y cuanto enseñe a sus discípulos que es malo, declare con su modo de obrar que no se debe hacer, no sea que predicando a los demás sea él hallado réprobo, 14 y que si peca, Dios le diga: “¿Por qué predicas tú mis preceptos y tomas en tu boca mi alianza? pues tú odias la disciplina y echaste mis palabras a tus espaldas” (Sal 49,16s), 15 y “Tú, que veías una paja en el ojo de tu hermano ¿no viste una viga en el tuyo?” (cf. Mt 7,3).*

Se nos presenta la figura del “abad maestro”: el abad debe presidir con doble doctrina. El que recibe una autoridad debe ejercerla. Su manera primera de presidir es a través de la doctrina. La doctrina es: 1) cosas buenas y santas, y 2) los mandatos del Señor.

El abad debe siempre enseñar, usando diferentes métodos, según las personas y según la comunidad.

*16 No haga distinción de personas en el monasterio. 17 No ame a uno más que a otro, sino al que hallare mejor por sus buenas obras o por la obediencia. 18 No anteponga el hombre libre al que viene a la religión de la condición servil, a no ser que exista otra causa razonable. 19 Si el abad cree justamente que ésta existe, hágalo así, cualquiera fuere su rango. De lo contrario, que cada uno ocupe su lugar, 20 porque tanto el siervo como el libre, todos somos uno en Cristo, y servimos bajo un único Señor en una misma milicia, porque no hay acepción de personas ante Dios. 21 Él nos prefiere solamente si nos ve mejores que otros en las buenas obras y en la humildad. 22 Sea, pues, igual su caridad para con todos, y tenga con todos una única actitud según los méritos de cada uno.*

San Benito le pide al abad que no haga acepción de personas. Es un tema importante evangélicamente, válido para todo ser humano, no sólo para el abad o para un monasterio. Para Dios todos somos hijos.

La no acepción de personas no quiere decir igualdad. El abad debe tener cuidado de no ser selectivo. Lo que el abad no puede es dejar de amar a alguno, y debe amarlo en Dios.

*23 El abad debe, pues, guardar siempre en su enseñanza, aquella norma del Apóstol que dice: “Reprende, exhorta, amonesta” (2 Tm 4,2), 24 es decir, que debe actuar según las circunstancias, ya sea con severidad o con dulzura, mostrando rigor de maestro o afecto de padre piadoso. 25 Debe, pues, reprender más duramente a los indisciplinados e inquietos, pero a los obedientes, mansos y pacientes, debe exhortarlos para que progresen; y le advertimos que amoneste y castigue a los negligentes y a los arrogantes.*

*26 No disimule los pecados de los transgresores, sino que, cuando empiecen a brotar, córtelos de raíz en cuanto pueda, acordándose de la desgracia de Helí, sacerdote de Silo. 27 A los mejores y más capaces corríjalos de palabra una o dos veces; pero a los malos, a los duros, 28 a los soberbios y a los desobedientes reprímalos en el comienzo del pecado con azotes y otro castigo corporal, sabiendo que está escrito: “Al necio no se lo corrige con palabras” (Pr 29,19), 29 y también: “Pega a tu hijo con la vara, y librarás su alma de la muerte” (Pr 23,14).*

*30 El abad debe acordarse siempre de lo que es, debe recordar el nombre que lleva, y saber que a quien más se le confía, más se le exige. 31 Y sepa qué difícil y ardua es la tarea que toma: regir almas y servir los temperamentos de muchos, pues con unos debe emplear halagos, reprensiones con otros, y con otros consejos. 32 Deberá conformarse y adaptarse a todos según su condición e inteligencia, de modo que no*

*sólo no padezca detrimento la grey que le ha sido confiada, sino que él pueda alegrarse con el crecimiento del buen rebaño.*

El abad exhorta, reprende, amonesta, no debe callarse. Debe buscar el momento oportuno para decir las cosas. El abad debe combinar la severidad con la dulzura. Debe ser serio para corregir pero al mismo tiempo debe ser afectuoso. Debe corregir como un padre.

San Benito dice al abad que no debe tener para todos la misma táctica sino que hay que tener en cuenta la persona. Por un lado el abad debe adaptarse a cada temperamento, tiene que observar la realidad de cada uno. No puede ser exactamente igual en la corrección con todos. Las diferentes formas de corregir es lo que lo hace justo. Tiene obligación de corregir. Lo que a san Benito le interesa es que el monje se vaya corrigiendo de sus pecados.

El trabajo del abad es arduo, y es doble:

1. regir almas es gobernar almas. En un monasterio no hay autogobiernos. El abad no sólo gobierna la casa, organiza horarios, da permisos sino que es quien gobierna las almas.
2. servir a las distintas modalidades, adaptarse a los temperamentos de muchos. Las personas son diferentes, el abad debe adaptarse a ellas y no al revés. La adaptación del abad es dialógica, correctiva. Y esto es lo arduo y difícil porque el abad no puede soñar con un tipo ideal de monje. En esta adaptación la grey crece cualitativa y cuantitativamente.

*33 Ante todo no se preocupe de las cosas pasajeras, terrenas y caducas, de tal modo que descuide o no dé importancia a la salud de las almas encomendadas a él. 34 Piense siempre que recibió el gobierno de almas de las que ha de dar cuenta. 35 Y para que no se excuse en la escasez de recursos, acuérdesese de que está escrito: “Busquen el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se les darán por añadidura” (Mt 6,33), 36 y también: “Nada falta a los que le temen” (Sal 33,10). 37 Sepa que quien recibe almas para gobernar, debe prepararse para dar cuenta de ellas. 38 Tenga por seguro que, en el día del juicio, ha de dar cuenta al Señor de tantas almas como hermanos haya tenido confiados a su cuidado, además, por cierto, de su propia alma. 39 Y así, temiendo siempre la cuenta que va a rendir como pastor de las ovejas a él confiadas, al cuidar de las cuentas ajenas, se vuelve cuidadoso de la suya propia, 40 y al corregir a los otros con sus exhortaciones, él mismo se corrige de sus vicios.*

El abad es un hombre relacionado en primer lugar con la comunidad en el orden espiritual, y luego con el individuo. Por lo tanto el abad no debe estar en las cosas materiales de tal manera que descuide la parte espiritual de la comunidad. Él debe estar solícito a los bienes o a las cosas materiales o transitorias, pero no más solícito que a las cosas espirituales. Nada puede dispensarlo del cuidado de las almas.